

El ruido

No es infrecuente encontrarse bares en los que están encendidos la televisión y el equipo de música y donde la gente intenta sin éxito entenderse a voces. Nadie ve la televisión, por supuesto, y de la música no se oye más que un runrún machacón y lejano, así que, como resulta imposible mantener una conversación medianamente placentera, los parroquianos matan el tedio dándole más sorbos a la bebida, es decir, consumen más, seguramente más de lo que quieren, ergo se dejan más pasta en el local.

Yo, aunque nieto de tabernero, nunca he tenido un bar y no acabo de entender las razones del ruido por mucho que me las explican. “Si fueras camarero, lo entenderías”, me dice alguien cansado de intentar convencerme. Yo alego que no tengo experiencia como empresario, pero la tengo como cliente, pues no en vano llevo toda la vida a este lado de la barra, y como cliente digo que prefiero un ambiente limpio donde se pueda charlar con los amigos a uno de esos ambientes espesos donde hablar es imposible y hasta pensar cuesta trabajo.

Los Mellizos de Torrecampo, que son hombres versados en esto de las barras, confirmaron mis suposiciones el otro día con una frase inocente: “¡No veas la de cubatas que se han bebido a costa de la polémica!”, me dijeron. Ya lo sabía yo. Cuando la gente habla, bebe más, y no al contrario. No hay más que verla cuando se junta alrededor de una candela o de una mesa de camping. Y hay más: cuando la gente habla, se queda donde está, consumiendo, por supuesto, quizá hasta peleándose por pagar otra ronda. Cuando la gente no habla, se va a otro sitio.

Eso de que el ambiente de un bar lo hace el ruido es un camelo: en todo caso, el ambiente lo hacen los parroquianos. Su número y, sobre todo, su calidad.

Juan Bosco Castilla